

## Sin levantar la voz. Dimensión humana de Don Antonio

MANUEL MORENO ALONSO

UNIVERSIDAD DE SEVILLA

**A**ntonio Domínguez Ortiz es uno de los más grandes y conocidos historiadores españoles. “Uno de los más prestigiosos historiadores españoles de todos los tiempos”, dijo el académico Julio Valdeón con motivo de su muerte.

Nacido en Sevilla en 1909, es autor de una obra historiográfica extraordinaria. Su talento nato como historiador, su dedicación a la historia, su capacidad de trabajo, y su longevidad explican las proporciones de su magna obra. Pero a ello se une su gran valor humano, manifiesto de mil maneras en una vida tan sencilla y auténtica como fue la suya. Pues, según aumentaban los miles de páginas de sus publicaciones, Don Antonio se iba haciendo más humilde, más modesto, como si se dijera que al conocer más a los hombres desde las profundidades de la historia, mejor sabía entenderlos y cubrirlos con su profunda humanidad.

Ciertamente no cayó nunca en las formas del pecado intelectual de quien ha escrito mucho y bien. Ni en la soberbia, cuando es grandiosa; ni en la pedantería, cuando es pueril y ramplona. Fue por la vida enseñando y escribiendo sin levantar la voz, como pidiendo disculpas, comprendiendo y escuchando a todos. Sin la menor afectación, personificó plenamente la ausencia de vanidad.

Don Antonio vivió la historia como una batalla del espíritu, como una aventura intelectual vivida con perseverancia tras tantos años de dedicación al estudio del pasado. Su biografía no es la propia de un personaje famoso que haya trascendido al

gran público, fabricado de un día a otro por los medios como estamos acostumbrados a desayunarnos diariamente. Es la biografía de un hombre que ha dedicado en silencio su vida al estudio sereno de la historia. De ahí proviene la autoridad de su obra historiográfica y el interés de su mundo como historiador.

La pasión por la historia dominó su existencia. Se trataba de una pasión auténtica, acrisolada por la profundidad de sus conocimientos y por su curiosidad historiográfica verdaderamente prodigiosa. Realmente murió trabajando. Las instituciones españolas trataron de reparar la injusticia cometida en varias ocasiones al excluirle de la cátedra universitaria, que fue sentida a posteriori como un verdadero escándalo nacional. La última vez, en 1963, cuando se presentó a la cátedra de la Universidad de Sevilla, su siempre añorada ciudad natal, donde había realizado sus estudios universitarios treinta años antes.

Toda su obra —la enseñanza y la investigación— la realizó con la mayor sencillez, como algo natural, como si ambas cosas, enseñar e investigar, entraran ineludiblemente en el capítulo de las obligaciones de un profesor. Y todo ello sin una queja, sin un gesto de mal humor o de soberbia intelectual. Al final de su vida la admiración y el respeto le llegaron como un premio a un hombre bueno y sabio que no buscó más que el placer de enseñar historia. Al tiempo que su labor era reconocida por todos cuantos eran conscientes de la envergadura de su obra inmensa. ■

*Ciertamente, no cayó nunca en las formas del pecado intelectual de quien ha escrito mucho y bien. Fue por la vida enseñando y escribiendo, comprendiendo y escuchando a todos*